

EL PROFESOR

Evocaremos en primer término su figura: alta, corpulenta, elegante, su rostro serio siempre pronto a la sonrisa, su voz de acento casi sagrado cuyo eco resuena aún en los oídos de los que fuimos sus alumnos, voz que en principio nos inspiraba un cierto temor... mas no pasaban muchos días sin que nos percatáramos que detrás de su aparente reciedumbre, detrás de esa voz fuerte y gruesa, hallábamos un alma suave, acogedora, paternal y siempre dispuesta a solucionar problemas o a aclararnos cualquier duda.

Era para nosotros un símbolo, un ejemplo de moral y justicia; en su vida oficial y privada no existían ocultaciones, casi todos sus alumnos conocimos y tratamos a su esposa doña Haydée I. de Lilledal —bellísima personalidad y digna compañera— que afablemente nos recibía en su hogar, sirviéndonos muchas veces de intermediaria ante el ocupadísimo profesor.

Al frente de su cátedra de Finanzas, en una época difícil, sus expresiones trasuntaban estricta ecuanimidad, manifestando siempre su personal opinión ante la actualidad económica y financiera del país.

Jamás una pregunta nuestra quedó sin la oportuna contestación, y en momentos en que los órganos periodísticos anunciaban en grandes titulares la inexistencia de la deuda pública, ante una pregunta de un alumno sobre la veracidad de esa información, sin mayores comentarios dijo a la clase: "Nunca ha sido mayor que ahora la Deuda Pública"; así, con toda valentía, él nos enseñaba lo que otros profesores también conocían pero temían manifestar.

Era muy de su modalidad conversar con nosotros para conocer nuestras condiciones y saber de nuestras inquietudes. Generaciones de Contadores que desfilaron por sus clases de Finanzas adquiriendo conceptos básicos con la lectura de la tan conocida "Ciencia de la Hacienda" de Federico Flora, pieza maestra de las finanzas, lo tienen bien presente.

Hablaba muy bien y escribía mejor, su estilo en ambos aspectos era claro, conciso y enormemente expresivo. No dudaba, afirmaba y estas afirmaciones suyas eran plenamente convincentes, pues se fundamentaban en la vida. Mas si bien hablaba muy bien, no era un profesor parlante sino un profesor actuante dentro del que se complementaban la investigación y la enseñanza.

El material diario de sus clases lo obtenía en la investigación de las obras de su amplia biblioteca —ésta era su laboratorio— y estaba

abierta a cuantos a él nos acercábamos en demanda de conocimientos que necesitábamos para plasmar nuestra labor.

Tenía un dominio extraordinario de su asignatura, eran tan claras y precisas sus explicaciones que cuando luego en nuestros hogares tomábamos los libros de texto nos invadía la sensación de estar repasando temas conocidísimos.

Ya casi al final de su actuación docente, por el año 1953, por momentos se lo veía algo pesimista —posiblemente fuera la resultante de muchos desengaños—, pues en su mente de investigador y maestro no cabían interferencias políticas en la labor docente.

Si bien su figura fue respetada y se mantuvo en su cátedra, ello se debió al prestigio adquirido por su palabra sincera y su señorial personalidad; no obstante hubo quien pretendió atacarlo... mas cuando distintas circunstancias lo elevan a Delegado Interventor y posteriormente a Decano Interventor de la Facultad de Ciencias Económicas, su hombría de bien, su señorío superaron todas las miserias pasadas, olvidando ataques y bajezas en un hermoso ejemplo de entereza moral.

Procuró elevar por todos los medios a su alcance la jerarquía de la Facultad de Ciencias Económicas amalgamado plenamente al ambiente en que desarrollaba sus tareas, pues quería a esta Facultad como pocos, y fuimos testigos de la honda pena que experimentó cuando no pudo seguir al frente de su cátedra de Finanzas.

Sucintamente esbozaremos su labor docente que abarca cuarenta años —toda una vida—, pero seríamos más veraces si dijéramos que hizo de la docencia su profesión.

Dejando un poco de lado su actuación como profesor de Economía Política que desarrollara durante catorce años en el Colegio Secundario de Señoritas y en la Escuela de Ciencias Económicas dependientes ambas de la Universidad Nacional de La Plata, nos vamos a referir a otra faceta de su actividad docente.

Fue en el año 1922, para ser más precisos el 1º de junio que se inicia como profesor de Instrucción Cívica en la Escuela Normal Popular incorporada a la Escuela Normal Nacional; esto nos indica que desde muy joven se manifiesta en él la afinidad con este tipo de disciplinas en la formación espiritual de la juventud.

Al año siguiente la Escuela Nacional Superior de Comercio lo incorpora a su cuerpo docente como profesor de Castellano y Nociones de Derecho, desempeñándose más tarde dentro de esta misma escuela como profesor de Instrucción Cívica, Legislación Fiscal, Economía Política y Finanzas. Es a esta última asignatura a la que dedica sus mayores afanes, siguiendo al frente de su cátedra mientras la Escuela Nacional Superior de Comercio se transforma en Escuela de Ciencias Económicas y más tarde Facultad de Ciencias Económicas

dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, hasta que distintas circunstancias lo llevan a acogerse a los beneficios de la jubilación el día 9 de mayo de 1955.

Muy pequeño es el lapso que transcurre hasta su reincorporación, pues el 13 de octubre de 1955 —cinco meses después— es designado con el alto cargo de Delegado Interventor de la Facultad de Ciencias Económicas de La Plata, funciones que con la jerarquía de Decano-Interventor continúa desempeñando desde el 18 de junio de 1956 al 18 de julio de 1957.

Sus elevados principios le impiden reincorporarse a su querida cátedra de Finanzas, pero no podía alejarse de la enseñanza y es así que el 14 de agosto de 1957 acepta la designación de Profesor Interino de Derecho Civil en el Instituto de Estudios Cooperativos dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas de La Plata, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento.

Hay una frase de José Ingenieros que tiene ubicación plena dentro de la personalidad del Dr. Augusto Mario Liliedal: "Un cerebro vale cien cerebros cuando lo sostiene un brazo firme, un brazo vale cien brazos cuando lo sostiene un cerebro ilustrado".

CRA. CELIA TAU DE ZANDONÁ